



La Empresa Editora Nacional Quimantú viene realizando, en el campo cultural, una labor de gran envergadura frente a la cual las posibles fallas que existen en su organización, son apenas sucesos anecdóticos. En el terreno específico de la literatura, si bien algunos de los títulos seleccionados pueden merecer objeción, o reparo los prólogos que los anteceden, las tres colecciones dedicadas a la creación: "Quimantú para todos", "Colección Cordillera" y muy recientemente "Minilibros Quimantú", han puesto a disposición de los lectores chilenos una serie de títulos de primera importancia, en tiradas cuya cantidad de ejemplares no tiene precedentes en nuestra actividad editorial y cuyo precio de venta al público es, en algunos casos, prácticamente insignificante. Tales características deberán traducirse, probablemente, en un cambio cualitativo en el consumo de literatura en Chile, cosa que, por cierto, sólo podrá ser probada fehacientemente cuando se efectúe una investigación sociológica, rigurosa y científica, en ese sentido.

El último de los títulos publicados por la Editora Nacional en su colección "Quimantú para todos", es particularmente interesante. Se trata de la novela *Puerto engaño*, de Leonardo Espinoza, cuya primera edición apareció allá por 1958, concitando el interés de la crítica y los lectores, pero sin lograr escapar al destino generalizado de buena parte de nuestra literatura: el pronto olvido y la difusión escasa. Cosas ambas que viene a remediar esta segunda edición de la obra (Santiago, Quimantú, 1972, 155 pp.) de 50.000 ejemplares.

Leonardo Espinoza nació en 1921; periodista de profesión, se distinguió pronto como redactor de *La Nación* de Santiago. La presentación de la edición de Quimantú nos informa que "trabajó de mensajero —repartiendo cables en bicicleta— en la Agencia United Press"; que "fue golpeado en seguida por una grave tuberculosis"; que es "un autodidacta". Sabemos también que viajó, cuando muchacho, por los EE.UU. de Norteamérica y por diversos países hispanoamericanos.

Integrante de la que en Chile se llamó Generación del 50, Leonardo Espinoza muestra, con respecto a la novelística de esa promoción, algunos rasgos comunes, pero, también, ciertas diferencias. Es curioso constatar cómo, el rechazo del neorealismo vigente en nuestro país por los días en que surgen a la letra de imprenta los escritores del 50 (y que, en términos

estrictamente literarios se manifiesta en lo que se ha llamado rechazo del "contenidismo"), se concretiza en la obra de estos escritores en la reiterada preferencia por la novelización de sus experiencias extranacionales; pienso en Jorge Guzmán, Hernán Valdés y, en un sentido diferente, en Hugo Correa. El viejo motivo del provinciano en la capital (variante del extraño en el mundo, consustancial tal vez al género) escoge en estas oportunidades diversas formas, en las que la necesaria oposición novelística del héroe y el mundo, se refuerza por la condición extranjera del héroe, oponiendo a menudo sociedades, cuando no grados de desarrollo diversos.

En este sentido, y en otros, la obra de Leonardo Espinoza (¿podría ser de otra manera?) muestra rasgos comunes con la de sus coetáneos. Como ha escrito Cedomil Goic *"Puerto Engaño"* narra con un método de estricta objetividad la experiencia formadora de Leonardo González, joven chileno que embarca un día en un mercante destinado a Nueva York y baja subrepticamente permaneciendo en forma ilegal en el país del norte durante cinco años. La perspectiva única es la del personaje que se convierte en el narrador de su propia historia. Los seres y lugares conocidos, así como los acontecimientos, son momentos en la vida personal del narrador. Desde sus 17 hasta los 22 años de edad vive en el barrio puertorriqueño de Harlem. En su perspectiva de vida entran un profundo desengaño y una ilusionada esperanza de retorno. Otros contenidos significativos son, su amor contrariado, su dignidad ética, su sentimiento de solidaridad humana. Aunque tales palabras no merecen reparo, la lectura de la obra de Espinoza sugiere otras reflexiones, tanto por lo que muestra, como por lo que oculta. Repitiendo la vieja estructura del género, explicitada por Lukács, Leonardo González va a la busca de valores que no conoce en una sociedad en que estos valores no existen. En este sentido cobra especial importancia el que el mundo en que la búsqueda se efectúa sea justamente el de Norteamérica, expresión máxima de la sociedad capitalista desarrollada. La degradación de tal mundo encuentra justamente allí su paradigma: la inmisericorde condición de esa sociedad, ajena por completo a todo lo que pueda ser un hogar para el hombre, se manifiesta no sólo en la miseria que aflora por doquier (en los dieciocho dólares con que malvive el protagonista durante tanto

## Puerto Engaño

de Leonardo Espinoza

tiempo, en las habitaciones deprimentes en qué mora, en el peligro siempre presente del hambre), sino también en la degradación de las relaciones humanas, en la cosificación del amor y las mujeres, en la brutalidad policlaca, en el racismo, la corrupción y la inhumanidad generalizada.

Tales condiciones no son, sin embargo, sino una extremación del mundo. Cuando Leandro González, que durante muchos años ha añorado el regreso a su país, al que vuelve repatriado, pisa el fin tierra chilena, los mismos males que le oprimían en Nueva York se manifiestan en una versión criolla: la brutalidad, la falta de relaciones humanas auténticas. Luego de su paso por el Servicio de Identificación, ya en tierra, el protagonista narra el párrafo con que concluye la novela: "Los pasajeros comenzaban a abrir sus equipajes a los empleados de Aduana. Cruzó entre ellos sin detenerme. El recinto pobremente iluminado me obligaba a caminar con precaución para sortear los bultos tirados aquí y allá. El olor de las cuerdas alquitranadas se me metió en la nariz. Aspiré el aire con desesperación. No estaba bien que me pusiera a llorar. Además, los hombres no deben llorar por pequeñeces". (Alegría por el retorno a la patria? Probablemente, pero también asunción de la degradación del mundo, de la degradación de su propia vida, renuncia a la búsqueda de valores auténticos en un lugar en que no existen.

Es más, tal degradación se siente como existente no sólo en el protagonista, personaje problemático, sino en todos los que habitan en un mundo que tiene ese signo. Cuando Leandro González piensa en lograr su salvación a través del amor de Luisa, la joven puertorriqueña, "importada" a EE.UU., repara de pronto en que sus motivaciones no difieren en absoluto de las de aquellos a quienes reprocha: "Moralmente tenía razón. Estaba celoso. Yo era tan miserable como Rubén y como él, pero más hipócrita. Encaretaba un propósito que ellos no disfrataban. No sentía piedad por Luisa, sino el mismo y sucio deseo. La mugre me iba por dentro, en tanto que a ellos les corría por la piel y no se avergonzaban" (p. 77). La degradación, pues, es común y más vale reconocerla que "encaretaba".

El que *Puerto engaño*, que en el momento de su publicación otorgó a su autor un lugar preeminente entre los narradores chilenos, no haya sido sino el inicio, no continuado, de una producción novelística podría también llamar a otras reflexiones. Dejemos éstas aquí, no sin antes reconocer que, en otro nivel de análisis la obra de Leonardo Espinoza, como asegura la presentación de la edición de Quimantú, "va a gustar a letrados e iletrados, los que usan toda clase de ropajes y los que andan desnudos".

La Nación. Santiago  
27. VIII. 1972

P. 3. 62207

# **Puerto engaño [artículo] Luis Iñigo Madrigal.**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Iñigo Madrigal, Luis

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1972

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Puerto engaño [artículo] Luis Iñigo Madrigal.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile